

Lo que sea de cada quien

Codo a codo con Mario Benedetti

Vicente Leñero

En compañía de Mariana, mi hija entonces adolescente, nos asomamos una tarde de sábado al Palacio de Minería donde hervía la gente durante la tradicional feria del libro capitalina.

En el patio central, mientras avanzábamos entre los tenderetes de las editoriales, localicé a la distancia a Mario Benedetti.

—Mira, ahí está Benedetti —se lo señalé a Mariana.

—¿Dónde, dónde!

A mi hija le fascinaba Benedetti por *La tregua* y por aquel poema suyo musicalizado que cantaba Nacha Guevara: *si te quiero es porque sos / mi amor, mi cómplice y todo / y en la calle codo a codo / somos mucho más que dos...*

—¿Es tu amigo?

Ciertamente la fama de Mario Benedetti había decaído ya en los ochenta, pero en los años sesenta, como escritor izquierdoso que era —y siempre fue—, atraía la atención de las editoriales latinoamericanas y españolas simpatizantes de los movimientos de “avanzada”.

Por eso, para Seix Barral, y en especial para su director literario Carlos Barral, Benedetti se antojaba un candidato idóneo al premio Biblioteca Breve, luego del estallido que resultó ser la celebrada novela de Mario Vargas Llosa, *La ciudad y los perros*, premiada en 1962.

Esa novela despabiló a la editorial catalana considerada como la vanguardia de las empresas librerías en español. Hasta entonces sólo habían premiado a escritores de su país (*Las afueras* de Luis Goytisolo, *Nuevas amistades* de García Hortelano y *Dos días de setiembre* de Caballero Bonald). Con Vargas Llosa entendieron que el futuro literario parecía encontrarse al otro lado del Atlántico y vio en *Gracias por el fuego* de Benedetti el Biblioteca Breve 1963.



Mario Benedetti

Pero había otros dos finalistas: Jorge Edwards, chileno, con *La selva gris*, y yo, mexicano, con *Los albañiles*, bien apoyado por Joaquín Díez-Canedo quien acababa de fundar la editorial Joaquín Mortiz y distribuía en México los libros de Seix Barral.

Según me confesó muchos años después Díez-Canedo —para domeñar mi soberbia—, fueron las razones económicas de él y del gerente Víctor Seix las que determinaron en buena medida que el premio se inclinara a favor mío, porque la distribuidora mexicana de Seix Barral era más poderosa, más eficaz, que la de Uruguay o la de Chile.

No sé en qué consistió la postura de los jueces literarios —sospecho que fueron dóciles—, el caso es que Mario Benedetti sufrió un nocaut con el resultado —ya se sentía con el premio—, y meses después de publicada mi novela me endilgó una crítica de cinco cuartillas en un diario argentino, compilada más tarde en su libro *El ejercicio del criterio*. En su texto, Benedetti trataba de ser simplemente analítico de los elementos estructurales que configuraban

las historias de mis albañiles. Lo hacía bien, desde ese trono altísimo al que suelen encaramarse los críticos. Al llegar por fin a los “peros” se lanzaba a soltar acusaciones sobre mi excesivo formalismo, sobre la incapacidad de sentir en carne propia los descabros de mis criaturas. Era yo un escritor imperterrito —finalizaba— que parecía escribir con uno de esos pantógrafos que usaban entonces los dibujantes insensibles.

Nocaut.

Cuando en el Palacio de Minería llegué hasta Mario Benedetti, Mariana ya había comprado un libro del uruguayo en el local de la editorial Nueva Imagen. Lo sacudía en el aire para llamar su atención entre la cauda de admiradores jóvenes que buscaban como ella un autógrafo.

Al cumplirse el turno de mi hija, un Benedetti encorbatado, sonriente, tomó el ejemplar, lo abrió en las primeras páginas y le preguntó su nombre para saber a quién debía dedicarlo. El apellido lo hizo estirar el cuello. Automáticamente me localizó. Nunca nos habíamos encontrado en persona.

—¿Leñero?... ¿*Los albañiles*?

—Leí tu crítica hace años —le dije.

—¿De verdad?

—Nunca supe de *La selva gris* de Edwards, que era el otro finalista del premio, ¿te acuerdas? Creo que no la publicó.

—No sabía.

—Pero sí leí *Gracias por el fuego...* La verdad, no merecías el premio, Benedetti.

Terminó de firmar el libro de Mariana. Sonrió como de ladito.

—Ya pasaron muchísimos años de aquello —dijo.

—Muchísimos.

—Ahora podríamos darnos un abrazo, ¿no te parece?, sin rencores.

Y nos abrazamos. **U**